

F1226

Z.3

v.2



FONDO HISTORICO
A CARGO GOVARRUBIAS

156061

Imprenta de Henrich y C.^a en comandita, Sucesores de Ramírez. — Barcelona

HISTORIA DE MÉJICO

CAPÍTULO PRIMERO

España á fines del siglo xv.—Union de los reinos de Castilla y de Aragon.— Prosperidad de la Peninsula bajo el reinado de Isabel y de Fernando.— Triunfos sobre los moros.—Espiritu religioso desde las cruzadas.—Consecuencias de éstas.—Llega Colon á España.—Su recibimiento en el convento de la Rábida.—Parte para la corte.—Conferencias en Salamanca con el fin de examinar su teoria para descubrir un nuevo mundo.—Opiniones en pro y en contra.—Toma de Granada.—Los Reyes Católicos acogen el proyecto de Colon.—Preparativos para cruzar el Océano.—Parte activa que toma el marino Martin Alonso Pinzon para que se realice la empresa.—Nombre de las tres carabelas.

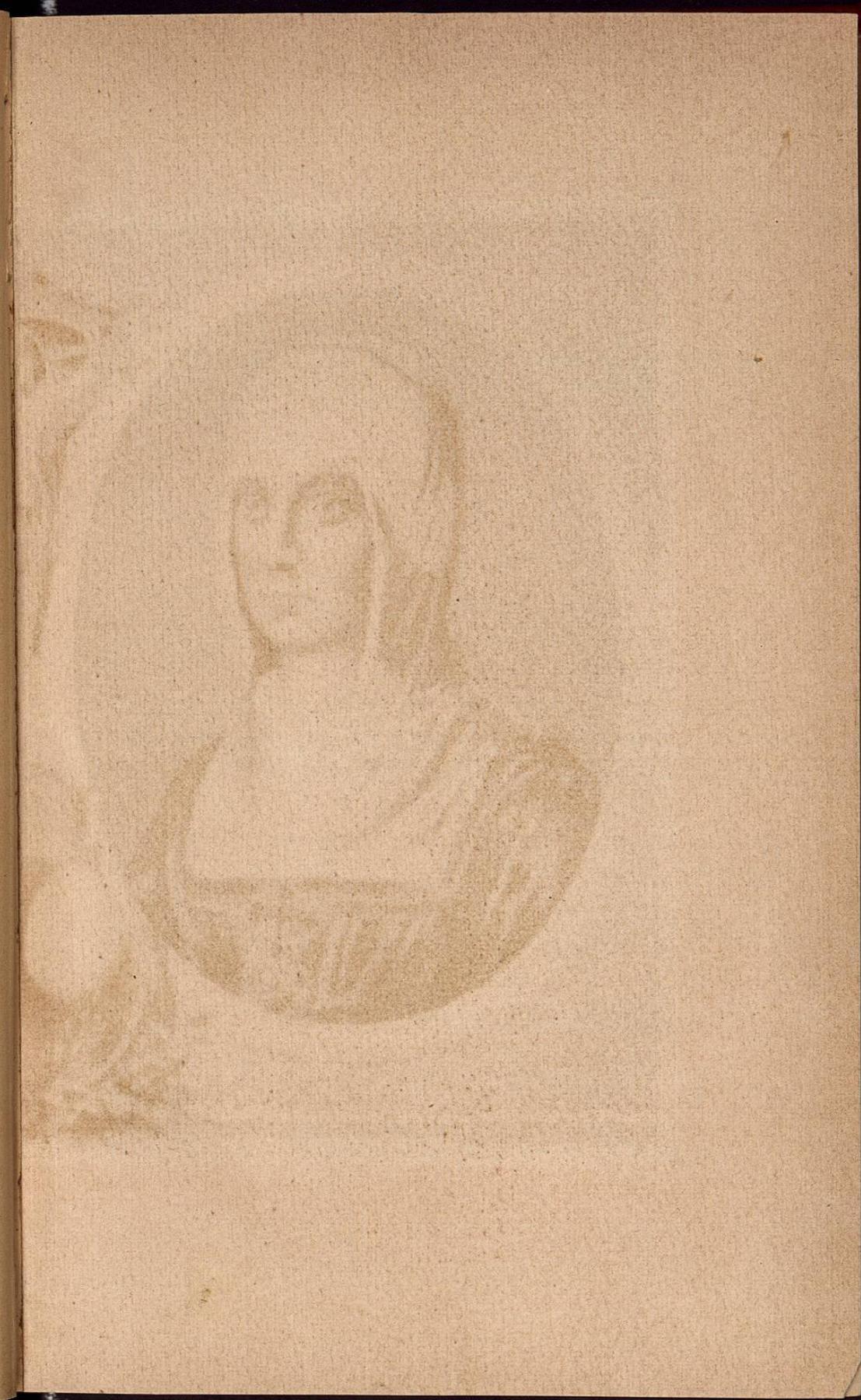
La llegada de la flota española á las ignotas playas subordinadas al imperio de los monarcas mejicanos, fué un acontecimiento que llenó de asombro á los habitantes del antiguo y del nuevo continente, que hasta entonces ignoraban que existiese otro mundo al través de los anchos mares que se interponian entre las dos grandes familias de la especie humana.

A Italia le tocó la honra de producir un Cristóbal Colon que adivinase la existencia de un Nuevo-Mundo, y á la España la gloria de que sus hijos fuesen los primeros que, en frágiles embarcaciones, se lanzasen á cruzar el inson-

dable Océano en busca de nuevas y miríficas regiones que las naciones europeas creyeron delirios de una imaginación excitada por el entusiasmo de lo maravilloso.

Corrían los últimos años del siglo xv, cuando fué elevada al trono de Castilla Isabel I, llamada la Católica, y al de Aragon, D. Fernando, príncipe de cualidades distinguidas, cuyo enlace con la primera dió por resultado la feliz reunión de los dos reinos, aunque sin alterar por esto sus leyes particulares. Bajo la acertada dirección de una reina magnánima y de un monarca lleno de entereza, de valor, de patriotismo y de rectitud que caminaban en armonía perfecta en la prolongada escala de los asuntos de Estado, las rebeliones de los ambiciosos fueron reprimidas; se robusteció el principio de autoridad; se limpiaron los caminos de malhechores, estableciendo con este objeto por todo el reino una fuerza armada, distribuida en cuadrillas, con el nombre de *la santa hermandad*; se disminuyó el influjo de los potentados, para aumentar el de los reyes y dar más respetabilidad al trono, juguete hasta entonces de las ambiciones de los grandes; se dictaron providencias sabias, se unificó la opinión, echó sus cimientos el orden, por la rectitud de la justicia, y la prosperidad se dejó sentir por todos los ámbitos de la monarquía española, presagiando grandes venturas para el futuro.

El primer pensamiento de Isabel y de Fernando, fué arrojar á las poderosas huestes de la media luna del territorio que aun ocupaban en la Península, desde que, como una inundación, se derramaron hacia más de setecientos años, por las ciudades y pueblos que no pudieron resistir á su empuje. Las diversas fuerzas de España, unidas en





En. M. Pifadas - Barcelona

REYES CATÓLICOS

una sola fuerza inquebrantable y consolidada por el interés católico que la hacia armipotente, se movieron por todas partes, estrechando el círculo de los arrogantes invasores, emprendiendo una campaña caballeresca y noble, rica en episodios sublimes de heroísmo, y fecunda en gloriosos hechos que la historia ha consignado en sus imperecederas páginas. Los moros, que en un tiempo extendieron su dominio por las mas bellas provincias, se encontraron bien pronto encerrados por un círculo de hierro en las montañas de Granada, que las armas de los Reyes Católicos, marchando por una senda no interrumpida de triunfos, amenazaban ocupar en breve, enseñoreándose del único baluarte en que se atrincheraba el poder mahometano en la Península. Agrupada toda la grandeza al rededor del trono de Isabel y de Fernando; obrando todos los estados como una sola nacion, se dió principio, con heróico ardimiento, á la conquista de la grandiosa ciudad en que sobre la elevada torre de la Alhambra flameaba la enseña de Mahoma, y despues de un brillante sitio, donde el valor y la constancia se dejaron ver en la plenitud de su esplendor, el lábaro de la cruz se levantó sobre la misma torre en que, por siete siglos, ostentaron su enseña los reyes moros de Granada.

Incorporado á la corona de Castilla el rico reino conquistado á la media luna, el poder de Isabel y de Fernando creció maravillosamente, y la Península española unificada por el sentimiento patrio y la idea católica que, asociados, engendraron rasgos maravillosos de abnegacion y de heroísmo, llegó á alcanzar la eminencia en las armas, en las artes, en las ciencias, en las letras y en la

caballerosidad. La hidalguía, la lealtad y el valor de sus caballeros se hizo proverbial en el orbe entero, y los nombres de Isabel y de Fernando eran pronunciados del uno al otro extremo de la Europa, con el respeto y consideración que inspiran la grandeza y el poder.

La prudencia de la reina y la sagacidad y tino de Fernando en el manejo de los negocios públicos, consiguieron vigorizar la autoridad real en el interior de la monarquía, y hacer respetable en el exterior el nombre de la nación que regían. Las acertadas providencias que tomaron, logrando por ellas que los grandes maestrazgos de las órdenes militares se incorporasen á la corona, produjeron dos brillantes resultados: aumentar notablemente la influencia y el poder de la corona, y sacar á los reyes de la humillante dependencia en que les habían tenido constantemente los inquietos y ambiciosos jefes de aquellos caballeros religiosos armados. Las fuerzas, hasta entonces separadas por intereses particulares, se reconcentraron en un solo punto; y caminando de acuerdo bajo la sola enseña de la patria y de la religión, enarbolada con mano vigorosa por una reina magnánima y un rey lleno de noble ambición de gloria, elevaron el nombre de la patria á una altura maravillosa.

A la política oscilante y de contemporización seguida por los anteriores monarcas, sucedió una segura, invariable y recta que, sin vacilaciones que amenguan la fuerza, marchaba al fin propuesto, con la entereza de la convicción, siempre fecunda en resultados. Las famosas leyes dictadas en Toledo, revistiendo á los municipales de un poder lisonjero para los pueblos y dándoles una influen-

cia no menos halagadora, despertaron en los españoles libres el espíritu y el entusiasmo, disponiendo el ánimo en favor del trono y preparándolo á acometer las más arriesgadas empresas, dirigido por una nobleza entusiasta y guerrera, que buscaba el peligro como timbre de gloria, y la cifraba en morir por su Dios, por su patria y por su rey.

Consecuencias de las cruzadas en la sociedad. Aquella era la época preparada para los grandes hechos; preciso es colocarnos en ella para juzgar de las cosas y de los hombres, no conforme á la pauta de las ideas de nuestro descreído siglo, sino sujetando nuestro criterio á las costumbres, creencias y pensamiento dominante de la sociedad del siglo xv y xvi. Las cruzadas habían operado un cambio notable en las naciones de Europa, robusteciendo el trono y debilitando el poder de los potentados feudales. La autoridad de los reyes, más nominal que positiva, más aparente que real, hasta entonces, fué ensanchando su esfera y cimentando su poder, á medida que el régimen feudal fué sufriendo modificaciones marcadas, al dejar sus fortalezas y castillos la altiva y guerrera nobleza que los habitaba, acatada de sus vasallos, para luchar en apartadas tierras, bajo el estandarte de la cruz, contra los sectarios de Mahoma y por la propagación de la doctrina del Crucificado. Entonces empezó á tener vida el elemento popular en diversos países; y adquiriendo bastante importancia en otros, fué la poderosa columna de que se sirvieron los monarcas para afianzar su autoridad contra los inquietos y turbulentos señores, que se habían juzgado otros tantos soberanos. La evolución operada preparó los sagrados derechos

del pueblo, y dió motivo á que empezasen á ingerirse en los negocios públicos y á tomar parte en los asuntos del Estado los vecinos de las municipalidades. Los reyes, procurando ligar los intereses de la sociedad reconociendo un centro que les diese impulso, unidad y vigor, favorecieron á los pueblos, y dirigieron todos sus pasos á reunir al trono los diversos feudos del reino, para formar de los diferentes y robustos miembros, hasta entonces débilmente ligados y fáciles á sublevarse contra los monarcas, un cuerpo de nacion sólido, estable, fuerte y poderoso, dirigido por una voluntad soberana; animado de un solo sentimiento, la religion; alentando un solo deseo, el bien de la patria. Difícil en extremo era la empresa; pero dirigida con acierto y seguida con constancia por todos los monarcas, el éxito coronó al fin los esfuerzos hechos por espacio de largo tiempo, y en el siglo xv, la obra de unificación quedó zanjada felizmente.

Cierto es que los señoríos territoriales continuaron de pié; pero quedaron sin que gozasen de aquellos derechos que les habia nivelado con los soberanos, con perjuicio de los intereses comunes y que casi les habia hecho independientes. La unificación produjo la armonía y el respeto de los grandes al rey; y aquellos altivos nobles, en quienes el valor y el espíritu caballeresco se destacaban visiblemente, no solo no fueron rémora de la autoridad de los monarcas y obstáculo á sus empresas, sino que se mostraron sus mas ardientes coadyuvadores, empleando en apoyo y servicio de la corona todo el poder de que habian quedado en posesion. De esa nobleza convertida en el mas firme apoyo del trono y del lustre de las glorias de la pa-

tria, salieron los hombres mas notables en armas y en gobierno; los grandes capitanes, los profundos políticos, los leales caballeros y los probos administradores que legaron un nombre inmortal á la historia y ejemplos de imitacion á sus naciones respectivas, á quienes dieron honra y respetabilidad.

Las cruzadas habian sido consideradas hasta el siglo xvii como actos dictados por una fé ardiente; pero los filósofos anticatólicos del siglo xviii las presentaron, en sus escritos, como delirios extravagantes del mas refinado fanatismo, arrojando sobre ellas el ridículo y desconceptuándolas en alto grado. En nuestro siglo, examinadas detenidamente por hombres sabios, despojados de toda pasion para poder juzgar de los resultados que produjeron á la sociedad en general, han sido consideradas como una de las causas que contribuyeron eficazmente á la formacion sólida de los gobiernos, á la unificación de los Estados, al derecho de los pueblos, á la extension del comercio, al desarrollo de la inteligencia, á los progresos de la geografía, y á los adelantos, en fin, de los principales ramos del saber humano.

Espíritu de los siglos xv y xvi El objeto primero de las naciones, al unirse para emprender juntas las cruzadas, fué salvar del dominio de los mahometanos el sepulcro de Jesucristo, impulsadas todas por el espíritu religioso, que era el dominante de la época; pero las ideas de los cruzados adquirieron despues mayor latitud, siempre en el mismo sentido católico; y considerando como santa toda guerra que tuviese por móvil la propagacion del catolicismo y la desaparicion de las religiones contrarias, se di-